



## Capítulo 460: Mi pequeño Rize.

La sangre de Virgilio, caliente y espesa, corrió por la lanza hasta las heridas de la Araña.

La reacción fue inmediata.

El verde oscuro de su sangre burbujeaba, mezclándose con el rojo brillante. Las heridas empezaron a cerrarse... pero algo en ellas se negó a volver a su estado anterior. La carne se moldeó, los huesos se agrietaron.

Ella dejó escapar un grito —no de dolor, sino de pura transformación.

Sus patas traseras se contorsionaron, retrayéndose parcialmente y los músculos se alargaron. Los huesos aparecieron en nuevos ángulos, más rectos, más... humanos. El caparazón se abrió en algunos lugares, revelando una piel pálida debajo de un tono grisáceo.



Virgilio observó, inmóvil, como un escultor viendo cómo su obra cobraba vida.

"Sí... más... más!"

Sus extremidades delanteras se alargaron y en sus extremos comenzaron a brotar dedos —delgados, rematados con garras negras. Su postura cambió; Soltó todo su peso en el suelo y levantó la mitad de su cuerpo, ahora más humanoide que arácnido.

Su rostro... seguía siendo una máscara monstruosa, pero parte de ella parecía más angular, más simétrica. Dos de sus ocho ojos desaparecieron,



fusionándose con la estructura ósea, mientras que los otros seis brillaron con una nueva intensidad.

"Crece piernas... y lucha como un humano," repitió Virgilio, casi en trance.

Respiró profundamente —un sonido ronco, mezclado con un crujido interno de articulaciones que se reorganizaban. Cuando dio el primer paso, la cueva parecía más pequeña. Sus movimientos eran más fluidos, más adaptables.

Zuri se tapó la boca con incredulidad. "Ella... ella se está volviendo..."

"Un cazador," Terminó Virgilio, sin apartar los ojos de ella. "Más eficiente. Más peligroso."

La Araña —ya no era sólo una criatura, sino algo entre dos mundos— flexionó sus dedos, sintiendo el peso de sus nuevas garras. Y luego... ella sonrió.



La sonrisa no era humana.

Ella avanzó.

Esta vez no hubo sonido de patas contra piedra—hubo el impacto sordo de los pies golpeando el suelo, seguido de un salto que dividió el aire. Ella golpeó no sólo con fuerza bruta, sino con la precisión de alguien que entiende el momento del combate.

Virgilio blandió su lanza para bloquear, pero no fue de frente. En el aire, ella giró y cambió de trayectoria, golpeándolo de lado. El golpe no fue fatal, pero sí suficiente para empujarlo dos pasos hacia atrás.



Su risa resonó, llena de un placer casi loco. "¡Eso es todo! ¡Ahora empieza a ser divertido!"

Y el baile comenzó de nuevo—sólo que ahora ella no era sólo la estudiante.

El sonido del primer impacto todavía resonaba cuando Vergil se dio cuenta de que —el Spiderling, ahora erecto, era diferente. No sólo físicamente... sino en su presencia.

Su energía era más densa, más concentrada.

Giró la lanza en un arco lento, midiéndola. "Veo que te gustó el regalo."

Inclinó ligeramente la cabeza y sus múltiples ojos parpadearon en diferentes secuencias, como si procesara información en múltiples capas. "Y veo que pensaste que esto sería suficiente para mantenerme como... estudiante."



La voz no era del todo humana—un tono ronco, que resonaba como si viniera de un cuerpo que todavía estaba aprendiendo a hablar. Pero tenía peso. Y provocación.

Virgilio sonrió y dejó que la lanza girara más rápido. "No te equivoques, pequeña araña. Sigues siendo mi creación. Mi trabajo. Y yo decido hasta dónde puedes llegar."

Ella no respondió. Ella acaba de avanzar.

El primer golpe llegó casi con la misma velocidad que el suyo—pero con algo nuevo. Su lectura de sus movimientos ya no era reactiva; era predictiva. No



esperó a ver el ataque antes de reaccionar. Ella ya se había mudado de antemano.

Vergil bloqueó, pero sintió que el impacto reverberaba a través de su brazo. "Interesante..."

Ella no retrocedió, encadenando tres golpes con precisión casi quirúrgica: garras izquierdas, una rodilla levantada y una patada giratoria que utilizó el impulso de su propia transformación. Virgilio esquivó los dos primeros, pero tuvo que bloquear el tercero con el asta de su lanza, siendo empujado hacia atrás.

"Estás... aprendiendo demasiado rápido."

"No estoy aprendiendo", gruñó. "Estoy evolucionando."

La mirada de Virgilio brilló. La frase no fue pronunciada con arrogancia—pero ciertamente estaba ahí.



Chocaron de nuevo y ahora la pelea ya no era sólo un combate físico. Fue una competición de ritmos. Cada vez que Vergil aceleraba, ella hacía lo mismo. Cuando él disminuyó la velocidad, ella también disminuyó la velocidad, pero sólo para analizar mejor. Empezó a sentir que si no tenía cuidado, la marea podría cambiar.

Y eso... lo emocionó.

"Más rápido." Empujó con fuerza, intentando romper su defensa.



Ella no bloqueó. En lugar de eso, dejó que la lanza rozara su cuerpo, sintiendo el corte superficial abrir su piel recién formada... y usó esa abertura para acercarse, clavando sus garras en el suelo y usando su propio cuerpo como palanca para girar y golpearlo con una patada en el costado de la cabeza.

Virgilio dio un paso escalonado. Sólo un paso. Pero no recordaba la última vez que alguien le había obligado a dar un paso atrás.

Su sonrisa ahora era amplia, casi una locura. "¿Me vas a poner serio?"

Se lamió la sangre sin apartar la mirada. "Ya te estás poniendo serio. Puedo sentirlo."

Los siguientes movimientos fueron un torbellino. Vergil decidió dejar de contenerse. La lanza zumbaba, los golpes venían de arriba, de abajo, en ángulos que pocos podrían seguir. Pero ella... siguió el ritmo. No perfectamente, todavía sufre rasguños y cortes, pero siguió el ritmo.



Y con cada golpe que recibía, parecía... más fuerte. Más adaptado.

Zuri, en la esquina, se susurró a sí misma: "Se está moldeando para luchar sólo contra él... como si cada segundo fuera un salto en su propia evolución"

Vergil, sin embargo, empezó a notar algo. No fue sólo evolución física. Fue estrategia. Ella estaba empezando a provocar errores.

En el instante en que él retrocedió para recuperar espacio, ella usó la pared lateral para impulsarse, viniendo desde arriba con una combinación imposible de veneno, garras e impacto corporal. Virgilio bloqueó dos partes del ataque—la tercera pasó. Una garra le rozó la cara, dejándole un rastro de sangre en la mejilla.

Se quedó quieto por un momento, sintiendo que el calor se disipaba.

Luego se rió. Ni una risa educada, ni una risa controlada. Pero una risa baja y febril.

"Tú... realmente quieres mi trono, ¿no?"

Inclinó la cabeza y, por primera vez, sonrió —una sonrisa torcida, casi humana, pero con la promesa de un depredador. "Quiero estar más allá de ti."

El sonido del siguiente choque fue como un trueno. Se movían demasiado rápido para que los ojos comunes pudieran seguirlos. La piedra se agrietaba con cada impacto y la caverna temblaba con el eco. Vergil empezó a sentir la presión en su cuerpo, no porque estuviera perdiendo... sino porque realmente estaba siendo puesto a prueba.

Y, para su sorpresa, una parte de él quería ver hasta dónde llegaría.

Pero había una fila.

Cuando comenzó a cambiar su patrón de respiración para imitar el suyo —algo que sólo los guerreros verdaderamente experimentados harían para predecir el ritmo de un ataque—, Virgilio se dio cuenta de que la brecha entre maestro y aprendiz se estaba cerrando demasiado rápido.

En un instante se retiró.

La lanza describía un arco ancho que creaba distancia.





Ella se abalanzó hacia adelante, hambrienta, pero él extendió la mano libre, agarrándole el hombro con suficiente fuerza para detener su impulso.

Su mirada, todavía ardiendo de emoción, adquirió ahora un tono más serio.  
"Suficiente."

Ella gruñó, tratando de alejarse. "No he terminado."

"Lo sé." La empujó hacia atrás, no violentamente, sino con autoridad. "Y por eso no eres sólo mi pequeña araña."

Se detuvo, su pecho subía y bajaba rápidamente y sus garras aún estaban listas para el combate. Pero había algo en su voz que la hizo esperar.

Virgilio hizo girar su lanza, apoyándola sobre su hombro. La sangre en su rostro ya había comenzado a secarse, pero el brillo en sus ojos no se había atenuado. "Has superado el punto en el que eres sólo una criatura instintiva. Más allá del punto en el que eres sólo un experimento. Has cruzado la línea hacia algo que ni siquiera yo puedo ignorar."



El silencio en la cueva parecía ahora más denso, roto sólo por su respiración.

"Te mereces un nombre." Lo dijo como si fuera un ritual, no un favor. "Y un nombre tiene peso. Significa que te reconozco."

Ella parpadeó y sus múltiples ojos se centraron en él. "¿Un nombre?"

Virgilio dio un paso adelante, tan cerca que las puntas de sus garras rozaron la tela de su abrigo. "Rize."



Repitió el sonido, probándolo en su lengua. "Rize..." La palabra pareció cobrar vida en su voz.

"Significa ascender. Significa crecer. Significa que no importa lo que exista por encima de ti, siempre encontrarás una manera de superarlo." Incluyó la cabeza para evaluar su reacción. "Y... significa que ahora eres alguien que lleva mi marca... Si esa araña irracional fuera tu madre. Yo soy tu padre." La mirada demoníaca de Vergil era tan oscura que incluso Zuri, lejos, sintió temblar todo su cuerpo.

Ella sonrió de nuevo —no dulcemente, sino con esa mezcla de orgullo y desafío. "Rize. Padre..."

"Ahora, Rize..." Vergil dio un paso atrás y giró la lanza una última vez antes de colocarla en el suelo. "Sepa esto: le di un nombre. Eso no te hace mi igual. Venir. Crecerás muy bien. Mi pequeño Rize."

